

# ¿Es la santidad realmente sostenible?

Josué 23-24

*Pastor Tim Melton*

Hace poco oí hablar de un conocido escritor y pastor cristiano que, en Instagram, en julio, anunció que dejaba su matrimonio y –nueve días después– que ya ni siquiera se consideraba cristiano. Más recientemente oí de un pastor, líder de toda una red de iglesias, admitir que estaba viviendo en adulterio, dejando a miles de feligreses abandonados. Siempre me entristece y me llena de humildad oír estas historias. Si no fuera por la gracia de Dios, cualquiera de nosotros podría caer en el pecado. Todos tenemos nuestras luchas con el pecado y la tentación. Tú y yo conocemos muy de cerca nuestros pecados habituales y luchas internas. Tal vez la tuya es con la pornografía, las apuestas, el alcohol, el orgullo, la preocupación, la ira, el cotilleo, la codicia, la lujuria, intentar complacer siempre a los demás, o simplemente el egoísmo. Escuchamos las palabras de las Escrituras diciendo: **“Sed santos, porque Yo soy santo”**, pero luego pensando en nuestras vidas, nos preguntamos si esto es incluso posible.

Y esto nos lleva a una pregunta importante: ¿Es la santidad realmente sostenible? ¿Es posible vivir una vida que honre a Dios día tras día, mes tras mes, año tras año?

En Josué 23-24 vemos que el pueblo de Israel se enfrentó a la misma lucha. La vida de Josué estaba llegando a su fin, así que llamó a los ancianos de Israel para darles sus últimas palabras.

Para entonces, el Señor había dado reposo a Israel de sus luchas con sus enemigos circundantes. Dios había prometido la tierra y había proporcionado al pueblo de Israel todos los recursos necesarios para conquistarla.

El pueblo había visto todo lo que Dios había hecho para traer la victoria, ya que era el Señor quien había luchado por ellos y quien trajo la victoria. En una de las batallas, Dios trajo granizo que mató a más enemigos que el ejército. En otra ocasión, Dios trajo avispas para ayudar a Israel en la batalla. En otra batalla más, Dios puso miedo en el corazón del enemigo haciéndole huir. La fuerza de Dios estaba tan presente en Israel que se solía decir: **“Un hombre de vosotros perseguirá a mil, porque Jehová, vuestro Dios, es quien pelea por vosotros, como él os dijo.”** (Josué 23:10)

Esto nos proporciona una imagen muy clara de la colaboración entre los hombres y Dios. En aquellos momentos, los soldados de Israel luchaban con todas sus fuerzas, pero las victorias eran tan

improbables que Dios era el único que podía atribuirse el mérito. Dios había entregado al enemigo en las manos de Israel, pero aun así Israel tuvo que marchar alrededor de Jericó, preparar una emboscada para conquistar la ciudad de Hai, y tomar las armas contra el enemigo.

Dios había prometido que nadie sería capaz de hacerles frente... pero eso era solo mientras anduvieran fielmente con Dios.

Gran parte de la Tierra Prometida fue conquistada, pero los cananeos no habían sido totalmente expulsados. Esa fue la tarea que Josué dejó para la siguiente generación. Josué les dijo que Dios expulsaría aquellas naciones de su presencia. Ellos poseerían la tierra que el Señor había prometido. Josué les instruyó para que fueran fuertes, para que hicieran todo lo que estaba escrito en el Libro de la Ley de Moisés, y para que no se desviaran y se mezclaran con los pueblos paganos o adoraran a sus dioses. Si daban la espalda a Dios y se mezclaban con la gente de la tierra, entonces el Señor ya no expulsaría al pueblo de Canaán, y los cananeos que quedaran se convertirían en un ***“lazo, trampa y azote para vuestros costados y espinas para vuestros ojos, hasta que desaparezcáis de esta buena tierra que Jehová, vuestro Dios, os ha dado.”***

Josué les recuerda que ***“no ha faltado ni una sola de todas las bendiciones que Jehová, vuestro Dios, os había dicho.”*** Pero tenían que tener cuidado, porque, así como Dios había luchado por ellos mientras andaban con Él, si le volvían la espalda y servían a otros dioses, Dios se volvería contra ellos.

Josué llamó entonces a todo el pueblo de Israel a hacer un pacto. ***“...escogeos hoy a quién sirváis; ... pero yo y mi casa serviremos a Jehová.”*** (Josué 24:15)

El pueblo se comprometió con Jehová aquel día, pero la historia nos cuenta lo que finalmente sucedió.

En Jueces 2:7,10 encontramos estos interesantes versículos: ***“El pueblo había servido a Jehová todo el tiempo que vivió Josué, y también mientras vivieron los ancianos que sobrevivieron a Josué, los cuales habían sido testigos de todas las grandes obras que Jehová había hecho en favor de Israel. (...) Y murió también toda aquella generación, por lo que la generación que se levantó después no conocía a Jehová ni la obra que él había hecho por Israel.”***

No expulsaron a los cananeos. En estas tierras que no fueron totalmente consagradas al exterminio, los cananeos restantes resultaron ser un obstáculo que finalmente llevaría a Israel a la tentación, a la adoración de ídolos, a la destrucción y al exilio. Al final se diría de Israel que su pecado fue peor que el de los cananeos paganos que habían habitado la tierra antes que ellos.

Esto debería ser un recordatorio para nosotros. Los que permanecieron fieles fueron aquellos que habían tenido una experiencia de primera mano con Dios, pero las generaciones posteriores, que solo habían escuchado las historias de Dios, pero no las habían experimentado, se alejaron de Él.

Al educar a nuestros hijos o al tratar de discipular a otros, no debemos limitarnos a contarles meras historias de nuestra fe, sino que debemos llevarlos a la presencia de Dios, para que tengan su propia relación personal con Dios, para que se convierta en su fe que durará toda la vida y se transmitirá a las generaciones venideras.

Los siguientes versículos, en Jueces 2, continúan la historia de lo que pasó con las generaciones posteriores:

*“<sup>11</sup> Después, los hijos de Israel hicieron lo malo ante los ojos de Jehová y sirvieron a los baales. <sup>12</sup> Dejaron a Jehová, el Dios de sus padres, que los había sacado de la tierra de Egipto, y se fueron tras otros dioses, los dioses de los pueblos que estaban en sus alrededores, y los adoraron, provocando la ira de Jehová. <sup>13</sup> Dejaron a Jehová, y adoraron a Baal y a Astarot. <sup>14</sup> Se encendió entonces contra Israel el furor de Jehová, quien los entregó en manos de salteadores que los despojaron, y los vendió en manos de sus enemigos de alrededor, a los cuales no pudieron ya hacerles frente. <sup>15</sup> Por dondequiera que salían, la mano de Jehová estaba contra ellos para mal, como Jehová había dicho y se lo había jurado. Y se vieron en una gran aflicción.”*

¿Cómo habían llegado a este punto? Las cosas habían ido muy bien mientras seguían a Dios. Ningún ejército enemigo les podía hacer frente. Dios estaba cumpliendo su promesa de darles esta tierra que manaba leche y miel. Y ahora aquí estaban, saqueados, rodeados, impotentes, con una terrible angustia, y teniendo la mano del Señor en su contra. ¿Por qué había ido tan mal?

En Jueces 2:20-22, encontramos la respuesta: *“Por cuanto este pueblo traspasa mi pacto que ordené a sus padres, y no obedece a mi voz, <sup>21</sup> tampoco yo volveré más a expulsar de delante de ellos a ninguna de las naciones que dejó Josué cuando murió.’ <sup>22</sup> Así quería probar a Israel, si procurarían o no seguir el camino de Jehová, andando en él, como lo siguieron sus padres.”*

Debido a su pecado, ya no andaban en el poder de Dios. Enfrentados a los desafíos, ya no pudieron vencer a sus enemigos paganos por sí mismos. A cada tribu se le había asignado una parte de la tierra como suya, pero ellos no querían o no podían expulsar a los habitantes paganos que quedaban. Jueces 1 dice: *“<sup>27</sup> Tampoco Manasés expulsó a los de Bet-seán... <sup>29</sup> Tampoco Efraín expulsó al cananeo que habitaba en Gezer... <sup>30</sup> Tampoco Zabulón expulsó a los que habitaban en Quitrón... <sup>31</sup> Tampoco Aser expulsó a los que habitaban en Aco... <sup>33</sup> Tampoco Neftalí expulsó a los que vivían en Bet-semes... <sup>34</sup> Los amorreos empujaron a los hijos de Dan hasta la montaña, y no los dejaron descender a los llanos.”*

Habían tenido un buen líder, una buena tierra, todas sus necesidades estaban cubiertas, pero aun así cambiaron la santidad por el pecado. No tenían en ellos la capacidad de continuar en santidad.

Vemos que Dios obra a lo largo de la historia de Israel, pero el pueblo de Israel nunca fue capaz de andar en santidad un largo periodo de tiempo. Llegamos al final del Antiguo Testamento con una promesa incumplida. De Abraham saldría un pueblo que sería una bendición para las naciones, pero esta promesa nunca había llegado a cumplirse.

Entonces, el bebé nace en el pesebre. La santidad encarnada. Jesús de Nazaret no peca y entrega su vida libremente, tomando nuestro pecado sobre sí mismo para que nosotros seamos justicia de Dios en Él (2 Corintios 5:21). Él paga la pena por nuestro pecado y resucita al tercer día. Para que todos los que se aparten de su pecado y pongan su fe en Jesucristo sean perdonados y reconciliados con Dios.

Por eso, la santidad no solo es posible, sino que es nuestra identidad, es nuestra naturaleza. Somos una nueva creación. Mientras el mundo que nos rodea y el cuerpo que nos sostiene continúan

tentándonos a pecar, el Espíritu de Cristo que ahora vive dentro de nosotros nos proporciona todo lo que necesitamos para la santidad.

En Cristo somos considerados santos, y a través de Cristo estamos siendo transformados para vivir en santidad. Aunque a veces cedemos al pecado, nuestra confianza está en que ***“El que comenzó en vosotros la buena obra la perfeccionará hasta el día de Jesucristo.”*** (Filipenses 1:6)

En la historia de Israel también vemos nuestro viaje espiritual. Nosotros, como ellos, hemos sido liberados de la esclavitud. Ellos fueron liberados de la esclavitud de Egipto; nosotros hemos sido liberados de la esclavitud del pecado. Aunque libres, nosotros también tenemos que andar a través de un desierto espiritual para aprender lo que significa vivir en la alegría y la responsabilidad de la libertad que se encuentra en Cristo. A medida que crecemos en Cristo, comenzamos a experimentar verdaderamente la vida prometida que Dios ha preparado para nosotros. Como la historia de Israel, es una colaboración de las obras del hombre en medio de la obra de Dios. Nos ocupamos en nuestra salvación con temor y temblor, pero mirando atrás vemos que es Dios quien estaba obrando en nosotros y a través de nosotros durante todo el tiempo, produciendo así el querer como el hacer, por su buena voluntad, de acuerdo con su propósito. A medida que andamos fielmente con Él, cada vez más áreas de nuestras vidas comienzan a ser liberadas del pecado y a vivir bajo el señorío de Cristo. Mientras andamos en su presencia y permanecemos en Él, tenemos todo lo que necesitamos para expulsar los ídolos de nuestro corazón y andar en santidad. Sí, siempre habrá áreas de nuestras vidas que necesitan ser más transformadas por Cristo, pero mientras continuemos arrepintiéndonos y creyendo, andaremos en sumisión al Espíritu Santo que vive en nosotros. Él es quien obrará todas las cosas para nuestro bien mientras hace que nos parezcamos cada vez más a Jesús.

En Josué 24:13, vemos que Dios hizo un gran regalo a Israel en la Tierra Prometida. Dios les dio una tierra por la cual no habían trabajado y ciudades que no habían construido, y en las que ahora habitaban. Comían el fruto de viñas y olivares que no habían plantado. Este regalo era más de lo que podrían haber pedido o imaginado. La salvación en Cristo Jesús es nuestra Tierra Prometida. Dios nos ha dado las riquezas del reino. Efesios 2:8-9 dice: ***“Porque por gracia sois salvos por medio de la fe; y esto no de vosotros, pues es don de Dios. No por obras, para que nadie se gloríe.”*** Jesús vino para que nosotros tengamos vida, y la tengamos en abundancia (Juan 10:10).

Pero entonces se nos recuerda cómo continúa la historia de Israel. Aquí es donde la analogía finaliza. Incluso después de regresar del exilio, los hijos de Abraham nunca fueron capaces de andar consistentemente en la fe de Abraham. Esa era y es la promesa del Mesías. Él vino a hacer en nosotros lo que nunca seríamos capaces de hacer por nosotros mismos. No importa cuántas veces nos comprometamos de nuevo a “elegir hoy a quién servimos”, no podemos andar fielmente con Dios mediante nuestro propio poder.

Con esto en mente, hagamos caso del consejo de Hebreos 12:1-2: ***“Por tanto, nosotros también, teniendo en derredor nuestro tan grande nube de testigos, despojémonos de todo peso y del pecado que nos asedia, y corramos con paciencia la carrera que tenemos por delante, puestos los ojos en Jesús, el autor y consumador de la fe.”***

Así como a Israel se le ordenó eliminar toda adoración de ídolos de la tierra, a nosotros también se nos ordena despojarnos de todo peso y del pecado que nos asedia. Esa es nuestra parte en la santidad, pero la manera en que se hace posible es a través de nuestra identidad en Cristo y fijando

nuestra mirada en Jesús, que es el autor y consumidor de nuestra fe. Somos santos y estamos siendo santificados. Es Dios quien garantiza que todas las cosas ayuden a bien a los que conforme a su propósito son llamados... para que sean hechos conformes a la imagen de su Hijo. A veces esto será a través del sufrimiento. A veces Dios nos disciplinará. A veces Dios nos convencerá. A veces Dios nos dará más fe, o más amor o incluso paz, pero es Dios a través de Cristo quien traerá la santidad en nuestras vidas. Ya no necesitamos trabajar para lograr la santidad a través de nuestra propia fuerza de voluntad. Para nosotros, que hemos recibido la santidad, nuestro rol es andar en sumisión, dejando que Cristo obre en nosotros.

Igual que un paciente se somete al bisturí del cirujano. Igual que la piedra se somete al cincel del escultor. Igual que el marinero se somete a la corriente del viento. Igual que la arcilla es modelada en las manos del alfarero... Nosotros, los santos, seremos purificados, refinados, transformados y formados en vasijas preparadas para Sus santos propósitos.

### **Cuestionario:**

1. ¿Qué parte del sermón te ha parecido la más interesante?
2. ¿Qué hace que vivir una vida de santidad nos cueste tanto?
3. Resume las palabras finales de Josué, y recuerda qué pasó con Israel en los años siguientes a su muerte.
4. ¿Cómo es que vivir una vida con Cristo nos facilita vivir en santidad?
5. ¿Hasta qué punto se asemeja la historia de Israel a nuestro camino de la fe como cristianos?
6. En Hebreos 12:1-2, ¿qué parte es nuestra responsabilidad y de qué manera está involucrado Cristo en nuestra santidad?
7. ¿Qué necesitas recordar de este sermón?
8. ¿Qué necesitas hacer al respecto?
9. ¿Cómo podemos orar por ti?